

ANTOLOGÍA DE PENSAMIENTOS DE GONZALEZ PRADA*

Selección y Pórtico de Campio Carpio

PÓRTICO

De homérica progenie desciende intelectualmente Manuel González Prada, el más grande escritor peruano de todos los tiempos. Varón de acrisoladas virtudes, espíritu inquieto y rebelde, escritor de prosa encendida, poeta lírico de elevado vuelo cuando canta amores y anhelos y esperanzas. De mordaz vena satírica, agudo, incisivo e hiriente cuando su estro poético se refiere a figuras y figurones del mundo de la política o la literatura. Tribuno vehemente, de elocuencia sin par por la imagen precisa ante la que tiemblan o se derrumban los protervos. Combatiente incansable e indoblegable, se debate entre un mundo hostil y belicoso, abriendo bastiones en la intolerancia, la injusticia y el cesarismo colonial. Su pensamiento es fuente de inspiración sin paralelo entre sus contemporáneos.

Hijo de una encumbrada, familia de añejo linaje español entre cuyos ascendientes abundan nobles, militares, y clérigos, desde temprana edad se reveló, su temperamento vigoroso de indomable rebeldía. Profundamente versado en humanidades, cultivó los más variados géneros literarios, Pensador concienzudo y metódico, examina los hechos a la luz de la ciencia y la experiencia, siguiendo la línea ascendente del idealismo puro que había de ser la brújula de orientación en su vida. Desinteresado, generoso no oculta las conclusiones a que arriba, sino que las hace públicas abiertamente sean ellas cuales fueran. Esta conducta rectilínea, integérrima e intransigente, le lleva al anarquismo, ideas e ideales de que hace pública fe al par que por méritos de su talento se manifiesta como uno de los más grandes escritores del continente. Por sus rasgos particulares e inconfundibles su obra adquiere fortaleza suficiente para desafiar al tiempo, poseyendo, condiciones esenciales para tornarla clásica.

La figura de González Prada se destaca como un astro poderoso y magnifico sobre la cumbre cordillerana. Su luz ciega a los empecinados y retrógrados en reconocerle, y alumbra con una irradiación las rutas del porvenir que él desbrozó de malezas y alimañas. Pensador y artista, perdura en su obra vasta y multiforme conservando actualidad palpitante por el vigor de su pensamiento, la forma de expresión y belleza imperecedera en que ha plasmado sus emociones más íntimas.

Su palabra cálida y profundamente humana, tiene el acento de los siglos. Su firmeza y frescura, retumba y acaricia nuestro oído con prodigios de hermosura cuando no con la reciedumbre y violencia del cauterio que hay en el sarcasmo de su pluma lacerante. Cultivado en las puras fuentes del paganismo, su voz llega a nosotros con acordes de canción, saturada de humanidad, henchida de fe apostólica para infundirlos la confianza del espíritu que no muere. Y tal significación tiene para nuestra generación vencida, impasible al mundo moral, a sus dolores, tropiezos y quebrantos, que resuena en nuestra mente como una promesa de futuro, de una esperanza nueva.

La vida de este apóstol fue de continua superación; un renacer constante, un permanente renovarse. Su pensamiento no se ha anquilosado y por ello no envejece espiritualmente. No le doblegan el dolor, decepciones o desengaños, incomprensión, persecuciones ni calumnias. Tampoco la gloria logra entronizarle en una torre de marfil. Sufre unos contrastes con otros, y de tales pruebas sale su espíritu remozado, y en temple fortalecido.

Fue escritor de imágenes brillantes de que son testimonios vivos estos pensamientos de juventud y lozanía que saltan de su obra con relieves de eternidad. Su prosa tomo sonoridades, líricas desconocidas cuando no adquiere

* Digitalización: KCL.

la fogosidad tumultuosa de olas de mar embravecidas y agitadas que se quiebran en el rocoso acantilado, conquistándonos y exaltándonos.

El pensador que inquiere la verdad en búsqueda trabajosa y trata luego de esparcir la solución a los cuatro vientos; el crítico que construye destruyendo, porque señalando el defecto del mundo social en que reside indica la nueva ruta del porvenir; el combatiente incansable, el luchador denodado que pone alma y pasión en su pugna tenaz contra el medio y la mediocridad que esclaviza y mata para perpetuarse como casta, el ético anarquista que se traza un norte y lo sigue hasta que se quiebra sin doblarse. Ese es el hombre y ese el pensamiento pradiano.

Preclaro artífice de nuestra lengua, herramienta de expresión para horadar y bucear en el alma de los pueblos, cuyas modulaciones encontraron en él forma y acepciones particulares que le distinguen en manera singular entre la gran mayoría de los escritores sus contemporáneos, tanto por la agudeza del ingenio cuanto por el sacro don de la naturaleza, se torna grito, anatema y melodía. Dueño de un estilo sobrio, sin aparatosidad y, por ello mismo muy suyo, la frase fluye de sus labios con la pureza, frescura, sencillez y agilidad de obra artísticamente terminada.

Concedor de los secretos del lenguaje, consagro el fruto de tales enseñanzas a la construcción de una obra sin paralelo en este hemisferio, por su riqueza expresiva y profunda, en apretada prosa inconfundible cuando no en forma de poemas emotivos cuya ternura conmueva la fibra más íntima de nuestras entrañas. De ahí que la aparición de este escritor eximio en la escena literaria de su país haya significado toda una revolución por las ideas y conclusiones que aportaba a aquel ambiente vetusto. Espíritu pulcro y cáustico a la vez, mediante el vigor y fogosidad de su palabra pudo marcarle un nuevo rumbo, que hoy comienza a vivir.

Sus composiciones huidas del romanticismo, mal endémico del siglo que González Prada detesta, son un modelo de cordura y ternura. Toda su labor literaria lleva impreso el sello de la pasión y la fe, del candor y la rebeldía, de la esperanza y la libertad, unidas con la belleza que personifica y crea nuestro mundo del futuro.

Porque fue un lírico y un épico simultáneamente; un tipo ético también como lo testimonia su obra que de perdurar en el tiempo, González Prada se presenta como un acusador de nuestro siglo encadenando y chorreando sangre. Es una acusación fulminante, cuyo contraste presenta siempre en la dualidad con que nos juzga la civilización del hierro en que vivimos. En cualquiera de sus formas literarias, su pensamiento se introduce en la carne humana y le hace vibrar de emoción. Toda su obra, cuando no adquiere la particularidad poética que fluye de su pluma en creación de humanidad, tiene el carácter combativo, propio de la lucha contra el medio hostil, cruel e injusto. Pero, dentro de su fiereza, de su reciedumbre, de su fervor revolucionario, de donde surgen las ideas en torrentes cual masa ígnea y centelleante, hay en el fondo moral, la sentencia, el adagio, la imagen pura y limpia que aparece, aún en los momentos más críticos, como luz bienhechora, y como aurora de redención.

Curtido González Prada en los azares del periodismo combatiente contra la autoridad y la sociedad contemporánea en todas sus formas, aparece siempre con un concepto nuevo, con un nuevo ideal de forma y de reivindicaciones. Es que esta figura de rebelión en potencia era de una sola pieza de acero diamantino. Tan formidable es el vigor intelectual de González Prada y tal la influencia que adquiere que no cabe en cinco lustros de historia peruana. El saldo de esta obra magnífica tiene para nuestra generación el significado de una fuente de donde mana el liquen y la gracia, el ritmo y el relieve, la certidumbre inmanente de la libertad, sublime creación del verbo en arte transformado y la singular virtud de ser a la vez pensamiento y emoción en el ideal.

El acento lírico del poeta y pensador, máxima gloria del continente iberoamericano y del ancho y profundo dolor de todos los mundos, se suma la luminosidad de la idea purificada e inmaculada que termina con un haz de luz, como se verifica en esta antología de pensamientos entresacados de su obra, como ideario y breviario de este talento singular. Pocos escritores castellanos pueden comparársele en este arte especial de la palabra, afluyente de eterna vida y poesía, de que es ejemplo y cúspide el maestro.

Campio Carpio.

PENSAMIENTOS FILOSÓFICOS, SOCIALES, COMBATIVOS

ADELANTE

Poco, nada, vale un hombre: pero. ¿Sabemos el destino de la humanidad? De que hasta hoy no hayamos resuelto el problema de la vida, ¿Se deduce que no lo resolveremos algún día? Viendo de qué lugar salimos y dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede calcularse a donde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos en la caverna, y ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, y ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos levantan a regiones de serenidad y luz. El animal batallador y carnicero, produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se hacen paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas: el salvaje, feliz antes con dormir, comer y procrear, escribe la Ilíada, erige el Partenón y mide el curso de los astros.

Ninguna luz sobre humana nos alumbró en nuestra noche, ninguna voz amigo nos animó en nuestros desfallecimientos, ningún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos y las fieras: lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. ¡Para marchar no necesitamos ver arriba, sino adelante!

Nadie tiene derecho de repetir miserias y puerilidades; todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos y fortalezcan los corazones.

El nivel de la especie humana sube muy lentamente, pero sube. Y la ascensión se verifica, no porque la muchedumbre inicie el movimiento, sino porque unos pocos individuos de buena voluntad surgen de cuando en cuando para condenar el egoísmo inhumano y sostener que, sobre las conveniencias materiales deben colocarse los sentimientos magnánimos encarrilados por las ideas levantadas, lo que gráficamente hablando quiere decir: que más arriba del vientre se halla el corazón y más arriba del corazón la cabeza.

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantengamos al enemigo en constante zozobra.

El gañan que abre surcos donde ha de germinar el trigo no se detiene a pisotear gusanos removidos y sacados al sol con la punta del arado.

Quien no alza la voz en el certamen del siglo, es porque nada tiene que decir.

Abre los ojos, deja la horrorosa pesadilla de sangre, porque el siglo avanza con pasos gigantesco, y tienes mucho camino que recorrer, mucha herida que restañar, mucha ruina que reconstruir.

LA AMISTAD

Las verdades adquiridas por el individuo no constituyen su patrimonio: forman parte del caudal humano.

Lo que damos a unos, lo que hemos tomado de otros; lo que nos parece una ofrenda no pasa de una restitución a los herederos legítimos. Al dar el corazón a los seres que nos aman, les pagamos una deuda.

EL ANARQUISTA

Para el verdadero anarquista no hay una simple cuestión obrera, sino un vastísimo problema social; no una guerra de antropófagos entre clases, sino un generoso trabajo de emancipación social.

EJEMPLO

Algunos pretenden redimir a la humanidad sin haber logrado catequizar a su familia, olvidando que antes de pronunciar discursos y de escribir libros, se necesita hablar la más elocuente de las lenguas: el ejemplo.

ESCLAVOS Y MANDONES

Hay que sanearse y educarse a sí mismo, para quedar libres de dos plagas igualmente abominables: la costumbre de obedecer y el deseo de mandar. Con almas de esclavos o de mandones, no se va sino a la esclavitud o a la tiranía.

Abundan hombres que teniendo una copa de vino y un churrasco¹, viven dichosos sin importarles nada que un bárbaro de charreteras nos desplume y nos abalee ni que otro bárbaro de tiros cortos nos desnude y nos ahogue en una pila de agua bendita.

LA VIOLENCIA

Los despojos sociales nacieron de la violencia más o menos solapada, y combatirles violentamente es ejercer el derecho de contestar a la fuerza con la fuerza.

LA EXPLOTACIÓN

1 Trozo de carne azada, americanismo. N. del E.

La llamada política de negocios degrada y envilece a los pueblos: crea siervos y mercenarios. Arriba, los ricos y señores; abajo, los pobres y jornaleros. Cuando oigamos decir que una nación se enriquece, debemos entender que en ella se forma una clase disfrutadota de todos los beneficios. A medida que los privilegiados monopolizan el negocio y acopian las ganancias, el gran número empobrece y lucha con mayores dificultades para asegurarse la vida.

La clase obrera figura en todas partes como la selva madre donde existen el buen palo de construcción y la buena tierra de sembradío.

Todos los grandes ladrones constituyen una masonería internacional, forman una casta esparcida en el globo, pero estrechamente unida y juramentada para luchar con su enemigo común: el proletariado.

Para introducir sus telas, su opio, su alcohol y su Biblia, las grandes potencias abren a cañonazos Asia y África; pero quieren cerrar sus puertas no sólo al amarillo y al negro, sino también al blanco sin bolsa repleta de oro.

Por ciudadanos entiéndase clases privilegiadas, pues a nadie se le ocurriría figurarse que rifles y caños sirvan para defender el pellejo y los harapos de la muchedumbre: la *canalla* no vale como persona defendible, sino como fuerza muscular explotable.

EL FILÓSOFO

El filósofo no retrocede, sigue adelante, penetra en el templo y rasga el velo, porque sabe que en el santuario no hay más que un sacerdote con todas las flaquezas de la humanidad, y un ídolo sin labios para responder a las amenazas de nuestros labios, ni brazos para detener los formidables golpes de nuestros brazos.

LO HECHO

Lo que hemos hecho vale poco, nada, en comparación de lo que podemos y debemos hacer.

Todos los rayos del sol difundidos en la Tierra no bastan a inflamar un solo grano de pólvora, mientras que unos cuantos haces de luz solar, reunidos en un espejo ustorio, prenden la mina que hace volar el monte de granito.

EL HOMBRE

El hombre verdaderamente bueno y libre no pretende mandar ni obedecer: como no acepta la humillación de reconocer a los señores, rechaza la iniquidad de poseer esclavos y siervos.

Si hay algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito y más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

El ser hombre no depende tanto de llevar figura humana como de abrigar sentimientos más depurados que los instintos de un animal inferior.

El hombre de convicción no cede ni transige: se quiebra pero no se dobla.

LA HUMILDAD

Los humildes y los pequeños sacaron lo de siempre: como las abejas labran panales para que otros saboreen la miel, así los humildes siembran para que los soberbios cosechen, así los pequeños combaten y mueren para que los grandes obtengan poder y glorificación.

LA REVOLUCIÓN

La magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz, es la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes o zares y convierte una república en monarquía, o una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras suprime nacionalidades y llama la humanidad a la posesión y beneficio de la tierra.

Las revoluciones, los despilfarros y las bancarrotas parecen nada ante la codicia glacial de los encastados para sacar el juego a la carne humana.

La vida y la muerte de las sociedades obedecen a un determinismo tan inflexible como la germinación de una semilla o la cristalización de una sal; de modo que si los sociólogos hubieran llegado a enunciar leyes semejantes a las formuladas por los astrónomos, ya podríamos anunciar las revoluciones como indicamos la fecha de un eclipse o de un plenilunio.

La bondad de una revolución estribaría en sacrificar el menor número de hombres, escogiendo los más culpables y más elevados: un cachetero en la cerviz del toro hace más que diez mil banderillas o mil alfileres en lomos y patas.

Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan a conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas o se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.

El pueblo una vez sacado de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus

impulsores. Lo que se figuraron mover una masa inerte, se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativas; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha o en las horas del triunfo.

En todas partes las revoluciones vienen como dolorosa y fecunda gestación de los pueblos: derraman sangre pero hacen luz, suprimen hombres pero elaboran ideas.

A los parlamentarios, a los jueces, a los periodistas y a los mismos adversarios, se les compra; a una multitud sublevada, no; un pueblo lanzado a la revolución, hiere, incendia, roba o mata, pero no se vende.

LOS INFELICES

Cualquiera de los infelices venidos al mundo con el único fin de mantener la especie, tendría sobrada razón para detenernos en la calle y decirnos: “Cuento seis hijos y medio; voy a cumplir sesenta años y ¡admire usted mi valor! todavía no he lanzado ninguna bomba”.

EL RENCOR

Verdad, hoy nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; y si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder ¡que siquiera los mal apagados rugidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!

LA VERDAD

Los secretadores de ponzoña bendita, los aglomeradores estiércol divino, tienen una peculiaridad: viven rabiando. Y la rabia denuncia la impotencia y la mentira, que la fuerza nunca hizo gala de insolente ni la verdad se armó con el diente de la víbora.

Los asustadizos con la verdad estampada en términos crudos suelen ser unos hipócritas, unos imbéciles o unos bribones, cuando no son las tres cosas.

LA RAZÓN

La tolerancia en espíritus serenos y razonables, no se opone a la energía para condenar el absurdo ni a la intransigencia para combatir y rebelar al fanático. Proscribir en nombre de la razón es más imperdonable que

hacerlo en nombre de la fe; pero dejarse avasallar por tolerancia, parece más necio que tiranizar por fanatismo. Como la pusilanimidad de los hombres aumenta la audacia de los pícaros, así la cobardía de los librepensadores acrecienta la desfachatez de sus enemigos. Si los pacíficos y los justos se hubieran sublevado contra los inicuos, la justicia reinaría ya sobre la tierra.

LA REDENCIÓN

A la vez que se derrumba mitos y se desinfecta el cielo, se debe combatir a los felinos y sanear el planeta. Para conseguir la redención del hombre, no basta derrocar a ese dios imposible y egoísta que eternamente cabecea en lo infinito, mientras el universo se retuerce en el dolor, la desesperación y la muerte.

LA LIBERTAD

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, y pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barricadas o campos de batalla.

Toda libertad nació bañada en sangre, y el advenimiento de la justicia debe compararse con un alumbramiento desgarrador y tempestuoso, no con una germinación tranquila y silenciosa. No aguardemos a que de arriba nos otorguen derechos ni libertades. Del que manda nunca vino cosa buena ni gratuita, y las naciones que se adormecen confiadas en que la autoridad se acerque a despertarlas con el don de la independencia son como los insensatos que en el desierto afincaran una ciudad, aguardando que un río viniese a cruzarla por el medio.

La libertad de pensar en silencio no se discute, se consigna. Lejos de inquisidores y tiranos, poseemos un asilo inviolable donde rendimos culto a los dioses que nos place, donde erigimos un trono para los buenos y un patíbulo para los malos.

Linternas cerradas, alumbran por dentro

LA TIRANÍA

Venga de un solo individuo, venga de una colectividad, la tiranía es tiranía.

Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.

A ciertos felinos no se les arranca la presa sin arrancarle los dientes.

Todo gobierno es malo y toda ley entraña tiranía.

EL PUEBLO

Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto.

El pueblo no raciocina mucho: levanta el cadalso, y en vez de refutar al adversario, le suprime.

POLÍTICA Y POLITICASTROS

LA DEMOCRACIA

Al espíritu de naciones ultramontanas y monárquicas prefiramos el espíritu libre y democrático del siglo.

¡Cuántos hombres dejan ver en sus últimos años la capucha del monje bajo el gorro frigio de la libertad!

LO NUEVO

Lo nuevo se construye con lo nuevo; y el gobernante que para modificar a un pueblo se vale de instituciones añejas y leyes retrógradas se parece al arquitecto que se vanagloria de levantar una casa nueva cuando toma un viejo caserón y le remienda con adobes desmochados, maderas apolilladas y hierros enmohecidos. Los individuos y las naciones no edifican algo bueno y estable sin fundarlo en la verdad y la justicia.

EL OBRERO Y LA POLÍTICA

Nada tan digno de aplauso como un rebelde con blusa o poncho; nada más odioso que un obrero enfangado en la política; es un tráfuga, un anfibio, un seudoburgués que aprende todo lo malo de la burguesía y pierde todo lo bueno de la clase trabajadora. El proletariado noble y altivo no se enrola en banderías ni sube a los tabladillos electorales: se subleva o se abstiene. Depositar el voto en una ánfora equivale a sancionar el orden establecido, servir de cómplice para justificar las ignominias tradicionales, a cometer la acción de un esclavo reconociendo en otros el derecho de constituirse los amos.

EL ORDEN PÚBLICO

Si un caldero estalla y produce la muerte de diez o doce operarios, no se altera el *orden público*; pero si treinta o cuarenta operarios destrozan el motor de una fábrica, el *orden público* se halla seriamente afectado.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Para un partido político vale más adquirir el poder violentamente que por medios legales y pacíficos: la violencia otorga derecho a medidas enérgicas y rápidas que siempre fueron las más eficaces.

El más grave de los errores políticos: tomar la violencia por la energía.

LOS POLÍTICOS

Todos los pecadores en política, todos los hijos pródigos de la democracia, todos los hombres que sienten ya en su carne el olor a polvo de tumbas, acuden a buscar perdón y olvido en quien olvida y perdona, se refugian en esas casas de misericordia, llamadas partidos retrógrados.

Todo político de mala ley presiente un adversario en todo pensador de tendencia irreligiosa, presentimiento muy racional, pues quien hoy se subleva contra las autoridades que presumen bajar del cielo, mañana suele rebelarse contra los déspotas que surgen de la tierra.

El político se tiene por eximido de las virtudes que exige a sus adversarios.

Como una muestra de la enorme desproporción entre la fuerza del alma y la fuerza del cuerpo, ahí están los obreros de ambos mundos, los siervos del feudalismo capitalista. Llevan el vigor en el músculo; pero como esconden la debilidad en el cerebro, sirven de eterno juguete a los avisados y astutos. En vez de unirse y apresurar la hora de las reivindicaciones sociales, se dividen, se destrozan, y se prostituyen en las rastreras luchas de la política: no ejercen derechos de hombre, y rabian por gollerías de ciudadanos; carecen de pan y reclaman el sufragio; no comen y votan. ¡Pobre rebaño que se congratula y satisface con la facultad de elegir a sus trasquiladores!

Para los bribones toda la moralidad se reduce al cumplimiento de la ley. Cuando alguien alega un artículo de los Códigos, de seguro que piensa en alguna iniquidad.

¡Dichos el país donde los jefes de partido y regeneradores tienen por domicilio legal la cárcel!

CONCEPTO DEL ARTE, LA LITERATURA, Y LOS LITERATOS

EL ARTE

El arte ocupa la misma jerarquía que la religión y la ciencia. Como posee la música o el ritmo, excede a la ciencia en armonía; y como no depende de ciencias locales ni se manchó jamás con sangre, excede a la religión en lo universal y lo immaculado.

Para muchos necios y también para unos cuantos sabios, el artista se reduce a un ser extraviado en el camino de la vida. ¡Como si la disquisición del filósofo, el escolio del erudito, el discurso del orador, el artículo del periodista o el informe del abogado, fueran superiores al cuadro del pintor, a la partitura del músico, al monumento del arquitecto, a la estatua del escultor, al himno del poeta! El hombre que pierde los cabellos de su frente y acorta la vista de sus ojos velando por engrosar las páginas de un libro consagrado a la instrucción o entretenimiento de sus semejantes, merece tanta gloria como el misionero que va de montaña en montaña predicando el amor entre los hombres, como el médico que lucha brazo a brazo con la muerte en la ciudad asolada por la peste, como el soldado que pelea valerosamente en el campo de batalla.

EL ESCRITOR

Si merece páginas de oro el guerrero que lleva la justicia encarnada en el hierro, ¡cuán envidiable el escritor que huye de sectas a banderías, sigue las causas nobles, y al fin de la vida se acusa, como Béranger, de una sola fragilidad: «Haber sido el adulador de la desgracia»!

Que palabra y pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación y mentira. La inteligencia no tiene por qué abdicar ante la fuerza; por el contrario, la voz del hombre razonable y culto debe ser un correctivo a la obra perniciosa de cerebros rudimentarios.

Los escritores, como los poetas, se parecen a las alondras: madrugan antes que la aurora, cantan con el alba. Sin que haya asomado el día, temen la aproximación de la noche y se apresuran a levantar la voz para ser oídos.

El poeta legítimo se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las ramas, que forman la imaginación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

A fuerza de ascender cumbres enrarecidas, nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes: ¡solidifiquémonos! Más vale ser hierro que nube.

Si los hombres de ayer trabajaron por nosotros, los de hoy estamos obligados a trabajar por los de mañana. Contamos con un acreedor: el porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirigen a la danza macabra, desfilen como legiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en sus labios, el presagio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor y de las rosas! ¡Que nuestros prosadores, en lugar de afeminarse o enervarse en la prosa cortesana y enfermiza, usen la prosa leal, prefiriendo al crepúsculo de las sectas el día sin nubes de la razón, viendo más allá del círculo estrecho de familia y patria el horizonte de la Humanidad!

ESCUELAS LITERARIAS

Clasicismo y romanticismo, idealismo y realismo, cuestiones de nombres, pura logomaquia. No hay más que obras buenas y malas: obra buena quiere decir verdad en forma clara y concisa; obra mala, mentira en ideas y forma.

EL ESTILO

Las ideas del siglo ingeridas en estilo vetusto recuerdan a las esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto: preservan de la fermentación cadavérica, pero no comunican lozanía, calor ni vida. Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar a la forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño ni con regresar al pecho de las nodrizas. Los idiomas se vigorizan y retemplan en la fuente popular más que en las reglas muertas de los gramáticos y en las exhumaciones prehistóricas de los eruditos. De las canciones, refranes y dichos del vulgo brotan las palabras originales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes transforman las lenguas como los infusorios modifican los continentes.

En el estilo de los puristas modernos nada se dobla con la suavidad de una articulación: todo rechina y tropieza como gozne desengrasado y oxidado. En el arte se descubre el artificio.

Los puristas penan por oscuros; y donde no hay nitidez en la locución, falta claridad en el concepto. Cuando los pensamientos andan confundidos en el cerebro, como serpientes enroscadas en el interior de un frasco, las palabras chocan con las palabras como lima contra lima. En el prosador de largo aliento, las ideas se desfilan bajo la bóveda del cráneo, como hilera de palomas blancas bajo la cúpula de un templo, y períodos suceden a períodos naturales, como vibraciones de lámina de bronce sacudida por manos de un coloso.

El escritor ha de hablar como todos hablamos, no como un Apolo que pronuncia oráculos anfibiológicos, ni como una esfinge que propone enigmas indescifrables.

Verdad en estilo y lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoy con idiotismos y vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras expresan ideas, tienen su medio propio en que nacen y viven; ingerir en un escrito moderno una palabra anticuada, equivale a incrustar en la frente de un vivo el ojo cristalizado de una momia.

El escritor anticuado compone obras que tienen la rigidez del alambre y la frialdad del mármol, pero no la morbidez de la carne ni el calor de la sangre.

El estilo, para coronar su verdad, tiene que adaptarse a nuestro carácter y a nuestra época. Hombres de imaginación ardiente y voluntad inclinada a ceder, necesitamos un estilo que seduzca con imágenes brillantes y se imponga con arranques imperativos. Aquí nos deleitamos con estilo salpicado de figuras y nos arrebatamos con frases duras y frías como la hoja de una espada.

La palabra que se dirija hoy a nuestro pueblo debe despertar a todos, poner en pie a todos, agitar a todos, como campana de incendio en avanzadas horas de la noche.

Los hombres no quieren deleitarse hoy con música de estrofas insulsas y bien pulidas ni con periódicos altisonantes y vacíos; todos, desde el niño hasta el viejo, tenemos hambre y sed de verdades. Si, verdades, aunque sean pedestres: a vestirse con alas de cera para elevarse unos cuantos metros y caer, es preferible tener pies musculosos y triple calzado de bronce para marchar en triunfo sobre espinas y rocas de la tierra.

Cortezanos, políticos y diplomáticos no piensan así: llaman prudencia al miedo, a la confabulación de callarse, a la mentira sin palabras. Ciertamente, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de

nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más solitario que las cumbres, ni más luminoso.

Rompamos el pacto infame y tácito de hablar a media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real y la ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error y acometer sus secuaces, no propinemos cantarazos con espada metida en la funda: arrojemos estocadas a fondo, con hoja libre, limpia, centelleante al Sol.

Venga la verdad en su desnudez hermosa, sin el velo a la sátira ni a la vestidura del apólogo: el niño delicado y la mujer meticulosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heroico, pero acibarado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierre vida y salud.

Seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia: con tal que la antorcha ilumine, ¡poco importa si quema la mano que la enciende y agita!

Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie una nación entera; ¡poco importan las lágrimas, los dolores y los sacrificios de una sola generación, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien generaciones!

Seamos verdaderos, aunque la verdad convierta al Globo en escombros y ceniza; ¡poco importa la ruina de la Tierra si por sus soledades silenciosas y muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad!

En el buen estilo, como en los bellos edificios, hay amplia luz y vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angosto vericuetos.

EL INGENIO

Rarísimas son las perlas escondidas en el fondo del océano y las flores que aparecen la fragancia a las auras del desierto; pero el ingenio tiene, como las plantas, la tendencia a buscar la luz, y posee, como el fuego central de nuestro globo, la fuerza de romper las capas geológicas, de abrirse un cráter y brotar en inmensas llamaradas.

LA INTELIGENCIA

Los americanos vivimos en la época secundaria y la época terciaria, en el reinado de los reptiles gigantes y mamíferos colosales. Que palabra y pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación y mentira. La inteligencia no tiene por qué abdicar ante la fuerza; por él contrario la voz del hombre razonable y culto debe ser un correctivo a la obra perniciosa de cerebros rudimentarios.

IMITADORES

Los hombres de genio son cordilleras nevadas; los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con el deshielo de la cumbre. Todo lo bueno, todo lo grande, todo lo bello, fue maleado, empequeñecido y afeado por imitaciones incipientes.

LA POESÍA

La poesía humana y útil, la que salva el mar de los siglos y vive más joven cuanto más vieja, tuvo carácter de verdadera, porque todo el arte del poeta consiste en vestir de púrpura la verdad y hacerla mover al compás del ritmo.

Las musas de la antigüedad duermen el sueño de la muerte bajo el artístico mármol de Paros, la Fe de la edad media descende a hundirse en el polvo de las catacumbas; pero las fuentes de la inspiración no se agotan ni se agotarán.

LA LITERATURA

Si la poesía castellana tiene que reducirse a ineptias y vaciedades propinadas en dosis infinitesimal, renunciemos de una vez a poetas y versos.

Si refranes y cantos populares revelan el nacimiento de las literaturas, las composiciones alambicadas y pequeñas dan indicios de agotamiento y caducidad. El hombre anda con pasos cortos en la infancia y en la vejez. La decadencia se denuncia en el gusto por las bagatelas.

Las composiciones fugitivas de los verdaderos poetas son chispas de brillantes o frisos de mármol pentélico.

En el orden físico, lo muy pequeño escapa a los cataclismos merced a la organización tenaz y relativamente perfecta; y en literatura, lo muy corto y muy bueno vive mucho. Donde perecen la historia y el poema, se salvan el cuento y la oda. Las producciones diminutas exigen un pensamiento original y un estilo en armonía con el asunto; no olvidemos que sólo por la forma el carbono se llama unas veces carbón y otras veces diamante.

Las rosas producen líquen porque no tienen sustancia para nutrir al cedro. Los que gozamos con la prosa y el verso de los maestros podemos alimentarnos con médula de leones.

Los libros que admiran y deleitan a la humanidad fueron pensados y escritos en largas horas de soledad y recogimiento, costaron a sus autores el hierro de la sangre y el fósforo del cerebro.

El mundo avanza: en la vorágine de las sociedades modernas, nos sentimos empujados a vivir ligeramente, a pasar desflorando las cosas. Quien escribe hoy y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas.

EL LENGUAJE

Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma: tienen la profundidad del pozo que no da en agua y la elevación del monte que esconde en las nubes un pico desmochado.

Las obras que la humanidad lee y relee, sin cansarse nunca, no poseen la sutileza del bordado, sino la hermosura de su poliedro regular o el grandioso desorden de una cordillera; porque los buenos autores, como los buenos arquitectos, se valen de grandes líneas y desdeñan las ornamentaciones minuciosas y pueriles.

El abuso de retruécanos y paranomasias deja de ser vicio literario y entra en la condición de síntoma patológico. Media poca distancia entre el monómano que vive torturando los vocablos para sacarles una agudeza y el loco que de agujerea el cráneo para extraerse la paloma del Espíritu Santo.

Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la frescura juvenil del lenguaje y la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad y sin claridad, todas las perfecciones se amenguan, quedan eclipsadas.

Las conquistas civilizatrices no son palabras almacenadas en diccionarios ni frases disecadas en disertaciones eruditas, sino ideas morales transmitidas de hombre a hombre.

LA IGLESIA Y SUS CULTORES

LOS BEATOS

Del toro se sabe que cornea, del perro que muerde, de la abeja que pica, del gato que araña, de la sanguijuela que chupa, de la llama que escupe, de la mula que patea, de la boa que constriñe; pero con beatos y santurrones no hay a qué atenerse, pues cuando nos parecen indefensos y desarmados como un recién nacido, resulta que almacenan en su persona las armas ofensivas de todos los animales acuáticos y terrestres.

EL CATOLICISMO

Cuando reñían los héroes de Homero se amenazaban con la muerte y con entregar sus cadáveres a los perros salvajes o a las aves de rapiña: hoy, si dos hombres pelean, no piensan en el destino de su cadáver porque saben que el heredero forzoso, el roedor de la carroña, es el sacerdote católico.

Somos un ridículo puñado de semibárbaros en un inmenso campo semiagreste; y en lugar de salir en persecución de tribus montaraces para civilizarlas con el aguardiente, el rifle y el catolicismo, deberíamos correr en busca de gentes que vinieran a humanizarnos con la enseñanza de la verdad y la práctica de la justicia. Tenemos poblaciones que son pocilgas, gobernantes que son manadas de lobos, gobernadores que son tropas de animales pasivos. Y queremos fundar nuevas pocilgas, adquirir nuevos eriazos o bosques y poseer mayor número de candidatos a las manadas o a las tropas.

De los soldados franceses se dijo que todos llevan en su mochila el bastón de mariscal; de los católicos se puede afirmar que el más inofensivo esconde en sus bolsillos el tizón de Torquemada.

El fraile español se conduce con la franca brutalidad del toro que dispara contra el matador y da el pitonazo o recibe la estocada; el padre francés procede con la sinuosidad y perfidia del gato que se finge dormido y se arroja sobre el ratón, sin darle tiempo de escapar. Viéndolo bien, Francia no tiene derecho de incriminar a España. Los franceses no han sabido mostrarse muy blandos en las persecuciones religiosas ni han concluido de extirparse la fungosidad romana.

Tener hoy por sabio al teólogo, da lo mismo que llamar médico al brujo y astrónomo al astrólogo. El hombre, al arrodillarse en un templo no hace más que adorar su propia ignorancia.

El que vive y muere católico, si no recibió un solo rayo de luz científica, merece lástima; pero el que sigue católico, después de frecuentar liceos y hasta universidades, no puede infundir sino desprecio.

¡Qué progreso si toda iglesia se trasmutara en caballeriza y todo altar en pesebrera! ¡Si donde ganguea la misa un presbítero de figura ruin, masticara el forraje un potro de magnífica lámina! ¡Si donde amarillea la custodia con su oblea de migajón verdequearan algunos tercios de alfalfa!

LAS CREENCIAS

Toda creencia exclusiva y arraigada denuncia claustración estrecha del cerebro: se cree por no llevar un cráneo suficientemente abierto para recibir la duda.

LA DIVINIDAD

Si dividimos en tres una piedra, los trozos quedan eternamente separados porque hemos destruido la cohesión de los átomos; si dividimos en tres una fruta no lograremos reconstruirla porque hemos roto la unión de los tejidos celulares; si dividimos en tres un animal, no conseguiremos tampoco volverle a su primitivo ser porque hemos cortado la misteriosa trama de la vida; mas si dividimos en tres a Dios, el operado queda bueno y sano, trino y uno, indiviso y dividido. Alguna ventaja debe sacarse de poseer la divinidad.

DOGMA Y CULTO

Como todos los animales terrestres se derivan de dos o tres especies primitivas, así las bases fundamentales de toda religión se asientan en tres o cuatro supersticiones prehistóricas: la supervivencia después de la muerte, la explicación de todo fenómeno por la acción de voluntades análogas a la nuestra, la confianza en que tales voluntades serán aplacadas por el sacrificio y el ruego, he ahí el substrátum de dogmas y cultos.

LA EDUCACIÓN

Hombre educado por él se vuelve un trozo de madera que ha recibido seis o siete hervores de alquitrán: no blanquea, por más baños de albayalde que reciba.

LOS FRAILUNOS

Nuestras venerabilísimas abuelas y bisabuelas, aunque *godas* hasta la médula de sus huesos, eran cosmopolitas en amor: no se paraban en que la piel del macho fuera lechosa, cobriza o alquitranada, de modo que algunas llegaban a ser madres de los tres Reyes Magos. Si las faldas tuvieran lengua, un buen número no hablaría sino latín: como hay hombres con sangre torera, hay mujeres con sangre frailería.

El fraile domina ruda y brutalmente denunciando a cada momento lo bajo de su extracción y lo nulo de su cultura. Habla como si excitara bueyes o instruyera reclutas, acciona como si nadara o partiera un leño; no come: engulle y se atiborra; no se sienta: se repantiga o se tiende; al mendigar, arrebatada, arranca el dinero y las especies, llevando la sordidez de su codicia hasta el punto de maldecir al moribundo que no lega sus bienes a un *testa* de la comunidad.

Si al cruzar por la calle divisamos un semblante donde se transluzca la seráfica beatitud de haber comido bien y bebido mejor, no preguntemos el nombre de ese dichoso mortal: es un fraile. Si escuchamos el metálico ruido de herrajes en los adoquines y vemos aparecer dos rozagantes caballos enganchados a un coche de cuatro asientos, no preguntemos quien va dentro: es un obispo. Si divisamos una señora con traje de seda y sombrero de plumas acompañada de tres o cuatro chiquillos con botines de hule y ternos de rico paño, no preguntemos a nadie el estado civil de aquellos envidiables seres: son la *comadre* y los *sobrinos* de algún cura.

LA IGLESIA

Leamos a los apologistas o defensores de la Iglesia y veremos que los más tolerantes y moderados comienzan por infamar a los dioses de todos los olimpos y concluyen por arrastrar en el lodo a los creyentes de todas las religiones.

Si nosotros nos escandalizamos hoy de nuestros antepasados al constatar sus groseras supersticiones, nuestros descendientes se escandalizarán mañana de nosotros al ver la enorme desproporción de nuestro desarrollo mental, porque mientras en el orden científico hemos logrado fijar el verdadero método, en materias religiosas seguimos admitiendo los errores y supersticiones de un cafre. Efectivamente, nos reímos de los pobres egipcios que hacían nacer a sus dioses en los huertos o jardines, y tratamos con seriedad y respeto a los hombres que extraen a su dios de las panaderías.

LA RELIGIÓN

Las religiones son las herejías de la razón.

Dios es cortesano y político; va siempre del lado de los fuertes.

EL MILITARISMO Y LA GUERRA

LA BARBARIE

En el comercio íntimo, en el trato duradero y en la conquista secular, se opera fusión de razas con amalgamiento de vicios y virtudes; mientras en la invasión destructora y violenta, vencido y vencedor olvidan las virtudes propias y adquieren los vicios del extraño. Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje y bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial y salvaje.

LA GLORIA

Si hay placer en conquistar con la espada, no falta dulzura en iluminar con la antorcha. Gloria por gloria, vale más dejar chispas de luz que regueros de sangre. Alejandro en el Indus, César en el Capitolio, Napoleón en Austerlitz, no eclipsan a Homero vagando por las ciudades griegas para entonar las rapsodias de la Iliada, a Bernardo de Palissy quemando sus muebles para atizar un horno de porcelanas, a Galileo encerrado en una prisión y meditando en el movimiento de la Tierra.

EL MILITARISMO

Bajo la casaca del militar como bajo el frac del abogado, el hombre convertido en juez de otros hombres, a más de conservar las preocupaciones de su casta y de su secta, adquiere con asombrosa rapidez la deformación profesional.

Sólo una perversión moral puede hacernos llamar forajidos a seis descamisados que merodean en los alrededores de una ciudad y héroes a seis mil bandoleros uniformados que invaden el territorio del vecino para arrebatar propiedades y vidas.

Cuando el hombre agregue su ferocidad histórica, la guerra será recordada como una barbarie prehistórica, y los famosos guerreros, tan admirados hoy, figurarán en la siniestra galería de las *almas rojas*, al lado de asesinos, verdugos y matarifes.

El cuartel no ha sido ni será una escuela de civilización: es un pedazo de selva primitiva, incrustado en el seno de las ciudades modernas.

Toda la ciencia militar se redujo siempre al arte de embrutecer y salvajizar a los hombres: querer civilizar con el sable da, por consiguiente, lo mismo que desmanchar con hollín o desinflamar con el ácido sulfúrico.

CRUZ Y SABLE

Sin el apoyo de la fuerza bruta o militar, no se habrían consumado las grandes persecuciones religiosas ni los autos de fe: al lado de inquisidores y verdugos, al pie de la hoguera estuvo siempre el soldado. Hoy mismo, los sables sirven de puntales a la cruz.

JUSTUCIA LEGISLADA

LA JUSTICIA

Las naciones viven vida muy larga y no se cansan de esperar la hora de la justicia. El hombre es el único ser que lanza un clamor de justicia en el universal y eterno sacrificio de los débiles. Escuchemos el clamor, y, para sublevarnos contra la injusticia y obtener reparación, hagámonos fuertes: el león que se arranca las uñas y los dientes moriría en boca de lobos; la nación que no lleva el hierro en las manos concluye por arrastrarle en los pies.

La justicia consiste en dar a cada hombre lo que legítimamente le corresponde; démonos, pues, a nosotros mismos la parte que nos toca en los bienes de la tierra. El nacer nos impone la obligación de vivir, y esta obligación nos da el derecho de tomar no sólo lo necesario, sino lo cómodo y lo agradable.

Más que reyes y conquistadores, merecen vivir en la historia y en el corazón de la muchedumbre los simples individuos que pospusieron su felicidad a la felicidad de sus semejantes, los que en la arena muerta del egoísmo derramaron las aguas vivas del amor.

EL LACAYO

Cuando se diga de un hombre: Cumplidor de las leyes, tradúzcase: Naturaleza servil. La perfección moral de casi todos los buenos señores de la nómina se condensa en tres palabras: Alma de lacayo.

EL LEGULEYO

Queremos hallarnos en una selva, frente a frente de un salvaje con su honda y su palo, no en un palacio de justicia cara a cara de un leguleyo pertrechado con notificaciones y papel de oficio.

LA MAGISTRATURA

El militar nos despachurra con su bota o nos atraviesa con su espada. El sacerdote nos adormece con sus monótonas canciones de otros días y nos explota con sus sacramentos, sus indulgencias y sus hermandades, pero asiste a los enfermos, consuela a los moribundos y expone su cuerpo a las flechas del salvaje. El magistrado lo gana todo sin nada: reposa cuando todos se fatigan, duerme cuando todos velan, come cuando todos ayunan, ejerciendo una caballería andante en que Sancho hace las veces de don Quijote.

LA PROPIEDAD

Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el objeto más significativo; una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: la posesión de una cosa no se funda en la justicia, sino en la fuerza; el poseedor no discute, hiere; el corazón del propietario encierra dos cualidades del hierro: dureza y frialdad.

NOTAS AL PASAR

LOS BANDIDOS

En la vida pública sucede lo mismo que en la vida social, a mayor humildad de origen, mayor soberbia del *parvenu*; a mayor ilegitimidad del mando, mayor insolencia del mandón.

LA BONDAD

Entre las armas viles, entre las más hirientes y más ponzoñosas, debe contarse la lengua de un malvado. El bandido que arrienda su brazo para dar una puñalada no merece quizá tanto desprecio ni causa tanto horror como el tribuno que vende su elocuencia para defender una injusticia o mancillar una honra.

LA CIVILIZACIÓN

La civilización se mide por el encumbramiento moral, más que por la cultura científica: quien al mínimo del egoísmo reúne el máximo de conmiseración y desprendimiento, se llama civilizado; quien todo lo pospone al interés individual haciendo de su yo el centro del universo, debe llamarse bárbaro; más que bárbaro, ave de rapiña

Mentira la civilización sin entrañas, embuste la sabiduría sin el sentimiento. Para medir el valor real de los pueblos e individuos, no sólo se les mira funcionar el cerebro: se les oye latir el corazón.

Entre los orangutanes pueden reinar el estacazo y el mordisco, entre los salvajes se concibe la trampa y la flecha; entre los civilizados no cabe más imperio que el de la razón y la justicia.

LA CULTURA

La elevación moral de un hombre se mide por el concepto que se forma de la mujer. Para el ignorante y brutal no pasa de ser una hembra, para el culto y pensador es un cerebro y un corazón.

LA DIGNIDAD

Si persona extraña viene a ofrecernos luz o querer inocularnos el fermento de la vida moderna, nos sublevamos en masa, nos creemos ofendidos en el orgullo nacional y llamamos dignidad herida a lo que en todas partes se nombra ignorancia presuntuosa y desvergonzada. Afirmaciones de topo que nada concibe más allá de la topera, exclusivismos de infusorio que limita su radio visual a la gota de agua.

EL DINERO

Dinero no se gana si no con dinero: sólo se enriquecen los ricos.

El mucho dinero infunde al hombre instintos de lobo, y la riqueza se funda en la iniquidad, el llanto y la sangre. La propiedad es hija del crimen.

El comercio es la urbanización del robo.

LA FUERZA BRUTA

Cuando dos hombres civilizados apelan al duelo, el vencedor tiende la mano al vencido; cuando un par de caníbales se disputan la misma presa, el vencedor se come presa y vencido.

LA MASONERÍA

Institución no sólo conservadora sino retrógrada, merece llamarse la puerilidad de los hombres con barbas. Al ocuparse de símbolos y ritualidades mientras la Humanidad transforma la tierra y socava los cimientos de la sociedad, nuestros masones hacen el papel de hormigas que arañan la superficie del suelo cuando una legión de titanes perfora y derriba el Himalaya.

LA MISERIA

El obrero que gana mucho ni se diferencia del artista ni del literato; y el plebeyo que habita un palacio y monta un coche, se trata de igual a igual con marqueses y duques, hasta les ve por encima del hombro. Rothschild tenía razón cuando, al divisar en sus escaleras a los más encopetados representantes de la nobleza, murmuraba: «Dentro de algunos años, los hijos de todos éstos serán mis yernos o mis lacayos». Si empobrecer es convertirse en hombre no decente y bajar a los últimos peldaños de la escala social, enriquecer es adquirir decencia y subir a punto de rozarse con papas y reyes. Para buscar nueras entre los hijos de los banqueros judíos, los príncipes hacen oficio de casamenteros y celestinas. Cuando se trata de conceder audiencia a una protestante bien alojada y bien trajeada, el Sumo Pontífice se calza pantuflas nuevas y modula en tono más seráfico los latines de su bendición. En presencia de los archimillonarios yanquis, el insolente y desequilibrado emperador de Alemania usa genuflexiones de palaciego y masca pastillas aromáticas para disimular la pestilencia de su aliento canceroso.

El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía, y el puñado de porotos², se ahitará mañana en los opíparos festines del magnate improvisado. Con facilidad se vuelve pródigo el tahúr que entra pobre a la casa de juego y sale rico por un golpe de fortuna. Nadie se pregunta si habrá conflagración universal, sólo se quiere adivinar quién desenvainará la espada, dónde será el campo de batalla, qué naciones quedarán arrolladas, pisoteadas y pulverizadas. Todos aguardan la crisis suprema, porque saben que los bebedores de sangre sufren también sus ataques de delirium tremens.

LA MUJER

Si llevamos el nombre de nuestro padre, representamos la hechura moral de nuestra madre. En tanto que los políticos se jactan de monopolizar la dirección del mundo, las mujeres guían la marcha de la humanidad.

² Respetamos el término original que en castellano equivale a judías. N. del E.

LA NECESAD

Llamamos seres indistintos y maquinales a los castores, porque imitan fielmente a los diques de sus abuelos; juzgamos lo mismo a las abejas porque labran panales idénticos a los labrados por sus antecesores; pero alabamos como espíritus innovadores a los bípedos que desde tiempo inmemorial viven creyendo las mismas necesidades y practicando las mismas ridiculeces.

En la naturaleza se verifican transformaciones con visos de milagros, y los individuos experimentan cambios que simulan una reversión del ser; pero nunca sucede que un manzano produzca rosas, ni que un moscardón labre capullos de seda.

Hace dos o tres mil años que se afirmó: «Aunque majes al necio en un mortero entre granos de trigo a pisón mojados, no se quitará de él su necesidad».

EL NIÑO

El niño posee la madre un bloque de mármol donde bosquejar una estatua griega.

El niño no se pertenece a sí mismo: se debe a la humanidad, se halla en la obligación de allanar el camino a las generaciones futuras. No hemos venido a la tierra para beber agua, comer el pasto y legar la única herencia de un esqueleto.

Niños, sean hombres temprano, madruguen a la vida, porque ninguna generación recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más tristes que satisfacer.

EL INTERNACIONALISMO

Los hombres de nacionalidad distinta y de sentimientos y aspiraciones iguales son como bosques de árboles gigantes: tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces y entrelazan sus copas: se juntan por lo más profundo y lo más elevado.

EL MIEDO

Con el miedo, los hombres públicos exageran el peligro y sufren continuas aberraciones: en el tufo de un puchero huelen la pólvora de un rifle, en la crema de un pastel el sabor de un tósigo, en el zumbido de una mosca perciben las repercusiones de un trueno.

EL TEMOR

Merced a innumerables siglos de esclavitud y servidumbre, parece que hubiéramos adquirido el miedo de vernos libres y dueños de nosotros mismos: en plena libertad, vacilamos como ciego sin lazarillo, temblando como niño en medio de las tinieblas.

EL ORGULLO

Con el orgullo, la vanidad y la soberbia se explica todo: desde la satisfacción y ufanía hasta las alabanzas propias y la olímpica serenidad.

PLANTAS Y BÍPEDOS AL REVÉS

En los jardines de plantas hay árboles, exóticos y venerables que desde lejos aparentan juventud y lozanía, más de cerca denuncian decrepitud y marchites: con macizos corseletes de hierro, sostienen sus ramas quebradizas y su tronco bamboleante; con revoques de yeso pintarrajado, disimulan la especie de gangrena senil que les roe las entrañas. No producen frutas ni flores; pero al regresar la primavera, se coronan de un ramaje anémico, desteñido, irrisorio como desgreñados mechones en la calva de un nonagenario.

Hay animales inferiores que tranquilamente siguen su vida aunque les volvamos al revés, practicando con ellos la misma operación que hacemos con un guante o con la funda de un paraguas.

EL TRABAJO

El trabajo implica honra y causa orgullo legítimo, cuándo se ejecuta libremente y en beneficio propio; mas significa humillación y vergüenza, cuando se practica en provecho de un extraño y en verdadera esclavitud. No vemos mucha diferencia entre el hombre que por un mísero jornal brega para seguir enriqueciendo al capitalista y entre el buey que por unas cuantas libras de heno suda y se derrenga para concluir de engordar al hacendado.

LA RIDICULEZ

La historia de todos los pueblos nos ofrece los horrores de una tragedia, mezclados con las ridiculeces de un sainete; al lado del bandido, el bufón; junto al crimen, la payasada.

LA PATRIA*

Nada tan hermoso como derribar fronteras y destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades para hacer de la tierra un solo pueblo y de la humanidad una sola familia.

«El patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de todas las pasiones». Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos y lobos, hay que andar prevenidos para mostrarnos corderos con el cordero y los lobos con el lobo

La patria no es sólo el aire que respiramos, el río de que bebemos, el terreno que sembramos, la casa donde vivimos y el cementerio donde duermen nuestros antepasados; es también el soplón que nos delata, el esbirro que nos apercolla, el juez que nos condena, el carcelero que nos guarda y la suprema autoridad a quién debemos obediencia y sumisión, ya esté representada por un general sudamericano que a duras penas sepa leer y escribir, ya por un reyezuelo español que lleve por cerebro un trozo de bacalao frito en el aceite de alguna sacristía.

Tanto debe el hombre al país en que nace como el árbol al terreno en que se arraiga. Conquistarnos equivale a modificar súbitamente nuestro modo de existir, a sumergirnos en otro medio ambiente para condenarnos a la asfixia.

La patria, que nos da el agua de sus ríos y los frutos de sus campos, tiene derecho a saber el empleo de nuestros brazos y la consagración de nuestra inteligencia.

Si de nuestros padres heredamos un territorio grande y libre, un territorio grande y libre debemos legar a nuestros descendientes, ahorrándoles la afrenta de nacer en un país vencido y mutilado, evitándoles el sacrificio de recuperar a costa de su sangre los bienes y derechos que nosotros no supimos defender. Nada tan cobarde como la generación que paga sus deudas endosándolas a las generaciones futuras.

Los hombres de hoy seremos execrados por la generación de mañana si no damos a nuestros músculos vigor para herir y a nuestro cerebro luz para saber dirigir el golpe. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. O combatientes o esclavos.

EL SIBARITA

¡Siempre las comilonas y siempre los ventrales! ¡Para crearnos atmósfera de simpatías, hemos inventado el arte de coger a los hombres por el vientre!

* Todo éste trabajo **-La Patria-** es un trazo de época en el que se trasluce hasta que punto la influencia de los hechos vividos presiona en los cerebros más despiertos. Nos hallamos un tanto distantes de la interpretación de forma -forma que roza el fondo- que presenta González Prada. Si el temor de ver liquidada una civilización en lo que está tiene de humana y noble, de espíritu progresivo y de libertad y si la creencia de que esta civilización en peligro se hallaba representada por Francia, medió en el criterio y la actitud de hombres como Kropotkin, Grave y el conjunto de los «catorce» firmantes del Manifiesto que constituyó una toma de posición en la guerra del 14-18, los afanes imperialistas de los Estados Unidos que no son de hoy precisamente -y su política colonial activa inspiraron y dieron base a ésta página de Prada. ¿Es que el hombre no podrá desprenderse de la influencia del medio, de la pasión y de la emotividad hasta el punto de mantenerse uno e íntegro frente a todos los problemas vitales, al margen de circunstancialismos mediatos o inmediatos? Múltiples pruebas dolorosas, individuales y colectivas son testimonio ingrato de la ductibilidad humana. N. del E.

LA VIDA

La vida se puede resumir en tres palabras: triste, ridícula y puerca; sin embargo, nosotros podemos derramar algo de regocijo en esa tristeza, algo de elevación en esa ridiculez y algo de limpieza en esa porquería.

No pedimos la existencia; pero, con el hecho de vivir, aceptamos la vida. Aceptémosla, pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio exclusivo; nosotros reímos y nos amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán y se amarán sobre la nuestra.

DE LA EVOLUCIÓN AL OCASO DEL VIVIR

LA EVOLUCIÓN

Si queremos favorecer la evolución de la especie, debemos ensanchar nuestro corazón de modo que en su amplitud inmensa hallen cabida todos los seres del universo.

LAS GENERACIONES

Cada generación padece la manía de ver niños en los hombres de la generación llamada a sucederla, y blasona de haber culminado la evolución humana.

Si los niños hubieran imitado fielmente a los padres, si los menores de edad hubieran considerado infalible la ciencia de los mayores, no habríamos salido aún de la selva primitiva, donde seguiríamos vistiéndonos de plumas, comiéndonos al prisionero y violando a las mujeres.

LA HUMANIDAD

La humanidad avanza muy lentamente, porque al acelerar el paso, tropieza con las redes de un sacerdote o se hiere en la bayoneta de un soldado. El reino del sacerdocio declina: el imperio de la milicia no da señales de concluir. El hisopo nos arroja de cuando en cuando asperge inofensivo aunque mal intencionado; el sable nos quebranta diariamente los huesos o nos desangra las venas. La blusa tiene su peor enemigo en la casaca.

Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro vagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas imaginémonos

también que atravesamos una especie de cementerios donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento, sino la vida de sus autores.

Cuando la humanidad quiere estimar el mérito de los hombres, no les mide la circunferencia de los vientres, no les enumera las libras esterlinas amontonadas en los cofres: les pesa las convicciones almacenadas en sus cerebros, les cuanta las heridas en los combates por la verdad y la justicia.

La humanidad no quiere pastores o guías, sino faros, antorchas o postes señaladotes del camino; y esos postes, esas antorchas y esos faros deben salir de las multitudes mismas, rejuvenecidas y curadas de sus errores seculares.

Lástima que la humanidad no sea más que un buey sufrido, cuando no un potro desbocado.

LOS JÓVENES

En la orgía de la época independiente, sus antepasados bebieron el vino generoso y dejaron las heces. Siendo superiores a sus padres, tendrán derecho para escribir el bochornoso epitafio de una generación que se va.

En esta obra de reconstitución y venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos y carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo y sus frutas de sabor Amargo. ¡Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas y frutas nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!

LA DECADENCIA

La decadencia física del hombre infunde menos lástima que su miseria intelectual y moral.

Casi todos evolucionan a la inversa, retrogradando a la puerilidad, volviéndose niños, pero sin la inocencia y la gracia de la niñez.

LOS REFORMADORES

Con el transcurso del tiempo, los más avanzados reformadores se van convirtiendo en estacionarios pasivos, cuando no en retrógrados furibundos, enemigos de todos los que surgen para señalar rutas desconocidas y columbrar horizontes lejanos. La primera cana anuncia en la mayoría de los rebeldes el primer paso atrás. Al envejecer, los hombres adquieren las propiedades del vegetal; cada día se prenden más a su error, como el árbol se arraiga más a la tierra. Muchos se metalizan y hasta se fosilizan. Intentar que esos fósiles vivos muden su

manera de sentir y de pensar vale como pretender que la encina eche raíces en el océano o que el animal submarino siga viviendo al aire libre.

EL PERDÓN

Naturaleza, más que bondadosa madre, pérfida madrastra, ¡cómo nos engañas y nos burlas! Tú nos llevas a la infancia a la vejez, de la vejez al gran abismo, persiguiendo bienes que nos huyen, atisbando soles que no existen. Tú nos das la sed de frescas aguas cristalinas; y la fuente salvadora pones lejos de los labios en región inaccesible. Nos inspiras el anhelo de subir a las alturas; y con hierros infrangibles a las rocas de la tierra nos enclavas. Nos infundes la esperanza de vivir eterna vida; y a la nada nos arrojas sin piedad y con desprecio, que nos creas y nos tratas como al heno de los campos o al insecto de las charcas. Mas, oh dura madre, te perdono el don amargo de la vida, te perdono el trago acervo de la muerte; con el alma te perdono toda burla y todo engaño: tú nos diste la mujer.

LA VEJEZ

Nada de extraño que los viejos de hoy copien fielmente a los viejos de ayer: al ir perdiendo la vida, ganamos el miedo a la muerte; al acordarnos mucho del cielo, pensamos muy poco en la dignidad de la existencia. El viejo es un niño triste, que la vejez se parece a la infancia como la tarde a la aurora.

Envejecemos sin sentirlo, nos quedamos atrás sin notarlo, figurándonos que siempre somos jóvenes y anunciadores de lo nuevo, no resignándonos a confesar que el venido después de nosotros abarca más horizonte por haber dado un paso más en la ascensión de la montaña. Casi todos vivimos girando alrededor de féretros que tomamos por cunas o morimos de gusanos, sin labrar un capullo ni transformarnos en mariposa.

En muchísimos viejos cada pelo de la barba dice una necesidad, cada arruga de la frente anida una superstición. De ahí que merezcan amor y piedad, mas no crédito ni fe si se quieren imponernos como dogma indiscutible su modo de resolver los grandes enigmas del universo.

Los viejos deben temblar ante los niños, porque la generación que se levanta es siempre acusadora y juez de la generación que desciende. De ahí, de estos grupos alegres y bulliciosos, saldrá el pensador austero y taciturno; de aquí el poeta que fulmine en estrofas de acero retemplado; de aquí el historiador que marque la frente del culpable con el sello de indeleble ignominia.

El enfermo que deseara trasfundir en sus venas otra sangre, elegiría la de un amigo fuerte y joven, no la de un abuelo decrepito y extenuado. La renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario: siempre la misma semilla en el mismo terreno hace degenerar la especie.

LA VIDA Y LA MUERTE

La Naturaleza no aparece injusta ni justa sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción, divinidad en interminable alumbramiento. Madre toda seno y nada corazón, crea y crea para destruir y volver a crear y volver a destruir. En un soplo desbarata la obra de mil años: no ahorra siglos ni vidas porque cuenta con dos cosas inagotables: el tiempo y la fecundidad.

Hay modos y modos de morir: unos salen de la vida, como espantadizo reptil que se guarece en las rajaduras de una peña; otros van a lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan a las puertas del señor feudal que siempre le vapuleó sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones y lanzarse a lo desconocido como, sin papeles ni bandera, el pirata se arroja a las inmensidades del mar.

Todas las generaciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten las mismas interrogaciones; pero la naturaleza responde a cada hombre con diversas palabras y guarda eternamente su misterio.

La duda, como la noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo innegable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos y víctimas. Vivir significa matar a otros; crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miríadas de seres se entierran para darnos vida con su muerte.

Cuando se ve sonreír a los niños, cuando se piensa que mañana morirán en el dolor o vivirán en amarguras más acerbas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quisiera que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza, para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseara que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola, para darse el gusto de escupirla, ¿quién no anhelaría que la humanidad tuviera un solo rostro, para poderle enjugar todas sus lágrimas?

Si con la muerte no queda más refugio que el sometimiento mudo, porque toda rebelión no es sólo inútil sino ridícula, con la vida nos toca la acción, la vida. No vegetamos, ocupados únicamente en sacar tierra de nuestra fosa, ni nos petrifiquemos en la inmovilidad hasta el punto que aniden los pájaros en nuestra cabeza.

No pedimos la existencia; pero, con el hecho de vivir, aceptamos la vida. Lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. Para marchar no necesitamos ver arriba, sino adelante.

Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños y mujeres; los hombres de hoy no sabemos llorar, y cuando sentimos que las lágrimas pugnan por salir a nuestros ojos, realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón.

Gastados precozmente en el uso de la vida, como la piedra contra el acero, conservamos, sin embargo, el culto de los muertos que se resume en el culto a nosotros mismos, pues en el sepulcro de los seres queridos encerramos un amor, una alegría o una esperanza.

Aunque existir no sea más que vacilar entre un mal cierto y conocido -la vida, y otro mal dudoso e ignorado- la muerte, amamos la roca estéril en que nacemos, a modo de aquellos árboles que ahondan sus raíces en las grietas de los peñascos; suspiramos por un sol que ve con tanta indiferencia nuestra cuna como nuestro sepulcro; y

sentimos la desolación de las ruinas cuando alguno de los nuestros cae devorado por ese abismo implacable en que nosotros nos desempeñaremos mañana.

En vano repiten los antiguos por boca de Menandro: “Mueren jóvenes los predilectos de los dioses”; en vano también murmuran los ilusos de hoy: “Es horrible morir, dulce haber muerto”. Los que no tienen idea segura de lo que puede seguir a esa inmersión en las tinieblas, llamada muerte, balancean del desaliento a la esperanza; y cuando se hallan al pie de una tumba querida, empiezan por reclinar la frente en el mármol frío, silencioso o impenetrable, y acaban por lanzar una mirada de indignación y despecho hacia esa inmensidad más fría, más silenciosa y más impenetrable que la piedra de los sepulcros.

Platón, después de medio siglo de meditaciones y desvelos, supo tanto sobre la vida y la muerte, como sabe hoy el labrador que mece la cuna de sus hijos o se reclina en la piedra que marca la fosa de sus abuelos. Pasaron siglos de siglos, pasarán nuevos siglos de siglos; y los hombres quedaremos siempre mudos y aterrados ante el enigma inviolable de la cuna y el sepulcro.

Al hombre, a este puñado de polvo que la casualidad reúne y la casualidad dispersa, no le quedan más que dos verdades: la pesadilla amarga de la existencia y el hecho brutal de la muerte.

¡Adiós, amigo! Tú, que de los labios destilabas la miel ática de los chistes, probaste ya el acibarado veneno de la agonía. Tú atravesaste ya por el tenebroso puente que nos lleva de este mundo al país de que ningún viajero regresó jamás, Tú sabes ya si la naturaleza es amiga bondadosa que nos acoge un seno para infundirnos sueño de felices visiones, o madre sin entrañas que guarda para si la salud, la juventud y la eternidad, reservando para sus hijos las enfermedades, la vejez y la nada.

TESTAMENTO (MI MUERTE)

Cuando vengas tú, supremo día, ya no quiero en torno mío, llantos, quejas ni ayes; no sagradas preces, no rituales pompas, no macabros cirios verdes, no siniestra u hosca faz de bonzo ignaro. Quiero yo morir consciente y libre, en medio de frescas rosas lleno de aire y de luz, mirando el sol. Ni mármol quiero yo ni tumba. Pira griega, casto y puro fuego, abrasa tu mi podre; viento alado, lleva tu mi polvo al mar. Y si algo en mí no muere, si algo al rojo fuego escapa, sea yo fragancia, polen, nube, ritmo, luz, idea.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Nació el 6 de enero de 1848 en la ciudad de Lima, capital de Perú y feudo donde se descubrió, encumbrado y a manos de armas murió Francisco Pizarro. Los vientos que de Francia llevaron albores de la Comunque, como débil recuerdo de las heroicas jornadas de termidor, sirvieron al niño Manuel de primeros óleos recibidos de la naturaleza. Fiel a bautismo tan purificado, después de una vida austera de revolucionario, pensador y poeta de acendrados vuelos, y haber hecho temblar con su palabra atronadora y lapidaria la política y políticos de toda la cordillera andina desde Magallanes a Panamá, murió el 22 de julio de 1918 en su ciudad natal.

Dejó una obra admirable, no por volumen, con ser importante sino por su calidad. Reunimos esta antología de pensamientos de sus libros en prosa, que anunciamos, tratando de ubicarlos bajo un tema genérico para darles cohesión y facilitar su lectura a fin de que se graben mejor en la memoria:

- Páginas Libres – *París, 1ª. Edición del autor.*
- Nuevas Páginas Libres – *Chile, 1ª. Edición de Ercilla.*
- Propaganda y Ataque – *Buenos Aires, 1ª. Edición del Imán.*
- Figuras y Figurones – *París, 1ª. Edición de Alfredo González Prada.*
- Bajo el Oprobio – *París, 1ª. Edición de Alfredo González Prada.*
- Anarquía – *Chile, 1ª. Edición de Ercilla.*
- Prosa Menuda – *Buenos Aires, 1ª. Edición de Imán.*
- Horas de Lucha – *El Callao, 2ª. Edición.*
- Exóticas – *Lima, 2ª. Edición.*

Su obra en verso, se presta para una antología idealista con sólo extraer de cada poema la parte sustancial. El lector europeo seguramente estará emocionado de haber conocido un temperamento tan interesante y constructivo en el plano de la revolución, y tanto el seleccionador, ordenador y expositor de sus ideas, como “Tierra y Libertad” se consideran ampliamente cumplidos al presentar una obra de auténticos quilates.

Quede aquí un emotivo recuerdo a Alfredo González Prada, hijo del poeta y amigo entrañable de todo nuestro movimiento, desaparecido trágicamente en New York en junio de 1944 fiel heredero de tan caros ideales.

Campio Carpio.